

La representación del universo como fenómeno de la textualidad que pone en práctica Cervantes en Don Quijote, no podía dejar de incluir un tópico vinculado con la infamia, es decir, la aparición y crítica de un texto que adquiere sentido a partir de una presunta vindicación literaria, el llamado “Quijote apócrifo” o, para ser más precisos, el intitulado Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

El Quijote de Avellaneda

LA CONSAGRACIÓN DE LA INFAMIA

Alonso Rabí Do Carmo

Publicado en 1614 –apenas un año antes de que Cervantes diera a conocer la verdadera segunda parte de la obra– compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, nombre usado por el verdadero autor para ocultar el suyo, lo que ha dado pábulo a uno de los misterios más grandes de las letras castellanas, aun cuando existen algunos indicios, no pruebas plenas –y a ello nos referiremos más adelante–, sobre la identidad del perpetrador de este hidalgo, más hijo de la infamia que del ingenio.

I

En 1612, las *Novelas ejemplares* de Cervantes sortearon los rigores de la censura y el libro apareció un año después. Nada de esto sería importante si no fuera porque en el prólogo, su autor anuncia lo siguiente: “(...) si la vida no me deja, te ofrezco los *Trabajos de Persiles*, libro que se atreve a competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza; y primero verás, y con brevedad dilatadas, las hazañas de don Quijote y donaires de Sancho Panza, y luego las *Semanas del jardín*”¹.

En 1613, entonces, Cervantes hace pública su intención de dar a conocer una nueva obra, *Los trabajos de Persiles* –que aparecería póstumamente, en 1617–, así como la continuación de las aventuras del hidalgo, entregada a los lectores en 1615². Un año antes, en 1614, aparece el *Quijote apócrifo*. Esto supone, desde ya, una serie de problemas.

El primero tiene que ver con el conocimiento que tomaron tanto Cervantes como el autor del apócrifo de la intención de ambos. Resulta muy difícil, por una cuestión de fechas, que el tal Avellaneda hubiese compuesto su apócrifo a partir de la declaración prologal de Cervantes en *Novelas ejemplares*, pues

entre la edición de ambos textos apenas media un año de diferencia. La clave de este asunto estaría, sin duda, en la circulación de manuscritos, que habría permitido a Cervantes conocer el texto de Avellaneda –o al menos parte de él–

antes de su publicación, según especula Alfonso Martín Jiménez³ y, luego, otros aportes críticos permitirían deducir que este conocimiento previo motivó a Cervantes a rehacer o reacomodar algunos pasajes de su segunda parte,

con el objeto de referirse al trabajo de Avellaneda.

Es curioso, sin embargo, que Cervantes solo se refiera de manera expresa al *Quijote* de Avellaneda, en tanto libro publicado, en el capítulo 59 de su segunda parte y se referirá a él en los capítulos siguientes, además de hacerlo en la dedicatoria al Conde de Lemos y en el prólogo escrito para la ocasión. Sin embargo, hay una serie de rasgos en los capítulos anteriores que permiten pensar que Cervantes, en efecto, conoció el texto desde su condición de manuscrito.

La tesis de un contacto tardío con el *Quijote apócrifo* queda de este modo descartada, así como la presunción de que Cervantes habría escrito los primeros 58 capítulos sin saber de la existencia del texto de Avellaneda.

II

Fernández de Avellaneda titula su libro *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*. La sola mención de “segundo tomo” en el título nos invita a reflexionar sobre el mecanismo de autoría y la ausencia de un texto (el primer tomo de Avellaneda, por cierto inexistente), así como también en el tiempo de su composición.



Don Quijote de Descaris. París, Bibliophiles Franco-Suisses, 1953.

“Es curioso, sin embargo, que Cervantes solo se refiera de manera expresa al Quijote de Avellaneda, en tanto libro publicado, en el capítulo 59 de su segunda parte y se referirá a él en los capítulos siguientes, además de hacerlo en la dedicatoria al Conde de Lemos y en el prólogo escrito para la ocasión.”

¹ Cervantes Saavedra, Miguel de. *Novelas ejemplares*, vol. I. Harry Sieber, Ed. Cátedra. Colección Letras Hispánicas. Madrid, 2001. p.52-53.

² No sería la última vez que Cervantes aprovecharía el prólogo para anunciar futuros proyectos. En el prólogo escrito para la segunda parte del *Quijote* (1615), pidió a sus lectores esperar el *Persiles* y, además, la segunda parte de *La galatea*. Esta última nunca vio la luz.

³ Martín Jiménez, Alfonso. “Cervantes versus Pasamonte (“Avellaneda”): Crónica de una venganza literaria”.

Para ello, situaremos el problema de esta imitación en su origen, esto es, la primera parte del *Don Quijote* de Cervantes, publicada en 1605, en la que un personaje, Ginés de Pasamonte, es la llave de este misterio.

Según diversos estudiosos, detrás de Ginés de Pasamonte se oculta una figura real, el soldado Jerónimo de Pasamonte –nacido en Zaragoza en 1553–, compañero de armas de Cervantes y miembro del mismo tercio en la batalla de Lepanto, ocurrida en 1571. En 1574 Pasamonte fue apresado por los turcos y sufrió un cautiverio que se prolongó por 18 años.

De regreso en España, Pasamonte escribe una autobiografía, *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, que circuló en manuscritos a partir del año 1593. Allí da cuenta, entre otras cosas, de su juvenil voto conventual, sus peripecias en la milicia y, por supuesto, las penurias y sufrimientos de su largo cautiverio. El manuscrito de Pasamonte iría sufriendo modificaciones y añadidos, como los que se encuentran en la versión manuscrita de 1603, donde relata sus penurias en España y su viaje a Italia, donde al fracasar en la obtención de un beneficio que le permitiera ejercer el sacerdocio, se enrola en las milicias del reino de Nápoles.

Aparentemente, todo estaba listo para la publicación de la autobiografía de Pasamonte. Hacia 1603 su autor ya había hecho los añadidos que creyó convenientes, pero en una carta escrita a modo de dedicatoria, fechada el 25 de enero de 1605, hace explícita su decisión de no dar la obra a la imprenta.

¿Cómo explicar esta repentina decisión? La renuncia a la publicación debió estar motivada por la aparición de la primera parte del *Quijote*, en cuyos capítulos 39-41 –que conforman el episodio del cautivo–, Cervantes, que conocía los manuscritos de Pasamonte, se burla de su autor, minimizando sus hazañas de guerra y ridiculizando su autobiografía, haciendo lo mismo en otros pasajes de su novela. El temor de Jerónimo de Pasamonte a ser identificado a través del personaje Ginés de Pasamonte daría, entonces, luces suficientes para desenredar esta trama.

Pero no solamente para eso. Pasamonte, el soldado, comenzaría entonces a maquinarse una venganza: escribir la segunda parte del *Quijote*. Esta es, en una síntesis muy apretada, la historia conocida sobre este episodio.

HOMERO DE LA SOCIEDAD MODERNA OCTAVIO PAZ

Por obra del humor, Cervantes es el Homero de la sociedad moderna [...] En la obra de Cervantes hay una continua comunicación entre realidad y fantasía, locura y sentido común. La realidad castellana, con su sola presencia, hace de Don Quijote un esperpento, un personaje irreal; pero de pronto Sancho duda y no sabe ya si Aldonza es Dulcinea o la labradora que él conoce, si Clavileño es un corcel o un pedazo de madera. La realidad castellana es la que ahora vacila y parece inexistente. La desarmonía entre Don Quijote y su mundo no se resuelve, como en la épica tradicional, por el triunfo de uno de los principios, sino por su fusión. Esa fusión es el humor, la ironía. La ironía y el humor son la gran invención del espíritu moderno.

El arco y la lira, 1967.



Don Quijote de Descaris. París, Bibliophiles Franco-Suisse, 1953.

III

Sin embargo, determinar claramente y sin asomo de duda que Jerónimo de Pasamonte es Alonso Fernández de Avellaneda, autor del

Quijote apócrifo, es algo que ocupa y preocupa todavía a la crítica cervantina.

Una revisión de la segunda parte del *Quijote* de Cervantes dará pistas, desde el inicio, de un diálogo entre

esta y el apócrifo. Comparemos por ejemplo las líneas iniciales de ambos textos. El apócrifo se inicia de este modo:

“El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dice que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía, entre ciertos anales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo don Quijote de la Mancha para ir a unas justas que se hacían en la insigne ciudad de Zaragoza, y dice desta manera”.⁴

Cervantes, por su parte, dice lo siguiente en el primer capítulo de la segunda parte:

“Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de don Quijote”.⁵

Hay que notar aquí que ambos hablan de la tercera salida del hidalgo, pero Cervantes añade la expresión “segunda parte desta historia”. Esta marca es muy importante, en la medida en que así Cervantes invalida la división en cuatro partes que él mismo había planteado en la primera y, de paso, desautoriza el título del apócrifo, que se presenta como la “quinta parte de sus aventuras”, ya que a las claras Avellaneda había seguido el plan de división de la obra pensado inicialmente por Cervantes.

Igualmente, en muchos pasajes de la segunda parte de Cervantes se alude al apócrifo y se arroja, sutilmente, señales sobre la identidad de quien sería su verdadero autor, Jerónimo de Pasamonte. Del mismo modo, Cervantes rectifica y corrige muchos datos contenidos en el apócrifo, más allá de remedar su inicio.

Cervantes, entonces, se encarga de construir la sospecha de la identidad del autor del apócrifo. Y pese a que en ningún momento la asociación de las figuras de Fernández de Avellaneda y Jerónimo de Pasamonte es expresa o acusatoria, dejó inscrita la duda que hasta hoy afiebra a más de un cervantista. ■

⁴ Fernández de Avellaneda, Alonso. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Luis Gómez Canseco, Ed. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid, 2000. p. 207-208.

⁵ Cervantes Saavedra, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*, vol.II. John Jay Allen, Ed. RBA Editores. Barcelona, 1999. p. 29.